



• Nunca.

¡¡ olvidaré !!

vuestros nombres

3.40€



Noelia Medina



Lxl  
EDITORIAL

Nunca.

Olvidaré

vuestros nombres

3.40€

Noelia Medina

Lel  
LIBROS

# Nunca olvidaré vuestros nombres

Noelia Medina

Nunca  
Olvidaré  
vuestros nombres

Noelia Medina



1ª Edición: Septiembre de 2017

Copyright

© Noelia Medina 2017

© Editorial LxL 2017

[www.editorialxl.com](http://www.editorialxl.com)

[dirección@lxleditorial.com](mailto:dirección@lxleditorial.com)

ISBN:978-84-17160-17-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

*El objetivo de la vida es ser valiente. Serlo no es nada del otro mundo, pero no hay mayor satisfacción que enfrentarte a tu gran miedo y saber que le has ganado.*

*Las cucarachas se fumigan.*

# Prólogo

Este pequeño relato es especial. Sobre todo, porque jamás pensé que me metería en la piel de una protagonista de estas características. Porque nunca imaginé sufrir desde mi escritorio, tras una pantalla, lo que ella ha sufrido. Lo que cada día millones de adolescentes padecen en silencio.

Otros gritan, pero, en ocasiones, tampoco se les escucha.

Por eso esta dedicatoria también es sumamente especial, porque mientras escribía, sin conocerles, sin ponerles rostro ni ninguna característica física, he pensado en todos y cada uno de ellos.

A todo guerrero que, sin pretenderlo, se ha sumado a esta guerra y aún está luchando por la victoria; a los que consiguieron vencer; a los que, por desgracia, fueron vencidos, y a esos que creemos personajes secundarios de cada historia, los que no parecen estar metidos en esta guerra, pero, finalmente, se dan cuenta de que sí, de que ellos también pueden ayudar a ganar. Esos que ven, oyen, pero no callan.

No calles, grita. Haz aspavientos con las manos si es necesario, pero hazlo.

La vida es bonita, con sus momentos malos, con sus desgracias, con sus azotes, pero bonita. Y cada mañana, al despertar, deberíamos sufrir porque es temprano, porque queremos la comodidad de nuestras sábanas un ratito más, porque quizá las obligaciones pesan un poco... Pero jamás debemos sentir pánico, al abrir los ojos, a dirigirnos a clase, a lo que vendrá después.

Si este puñado de letras consigue abrir los ojos, aunque sea a una sola persona, si es capaz de que alguien se revele, que no guarde silencio, que venza... De nuevo habré abrazado el éxito íntegramente.

# Capítulo 1

*Nunca olvidaré vuestros nombres*

Y, aunque quisiera, sería incapaz de hacerlo.

¿Significa eso que ya lo he intentado?

Sí, lo intenté. En su día, cuando me vi sola, cargada de rabia, de impotencia y de enemigos, quise hacerlo. No me culpo, el ser humano es tan cobarde que recurre a ese intento inútil de eliminar de su vida y de su mente todo aquello que le ha hecho daño, sin recordar que, cuando pasa un tiempo, cuando las aguas vuelven a su cauce, ese daño se convierte en aprendizaje.

Vosotros fuisteis mi más duro aprendizaje.

Pero hoy no escribo para todos vosotros, no porque no merezcáis estas páginas, las merecéis igual o en mayor proporción que yo misma. ¿A quién quiero engañar? Fui una más, aunque no esté orgullosa de ello. Hoy mis palabras van para ti, querido partícipe directo de esta historia. Y lo hacen con exclusividad porque, durante meses, fuiste el encargado de asegurarte de algo que yo misma debía hacer por mí cada mañana al despertar: recordarme quién era, aunque ni yo lo supiera en aquel entonces.

No, no recordaba quién era, solo quién quería ser.

¿Sabes de esos tapaojos de cuero que llevan los burros para no ver a ambos lados con la intención de no distraerse ni espantarse, fijándose solo en el camino que lleva delante? Yo era uno de esos burros, sin duda, y también llevaba una anteojera. Solo había una diferencia; la mía no era de cuero, era invisible, y estaba ahí porque yo misma quise colocarla, con la consecuencia de que solo yo podía quitarla. O eso creía.

Porque, entonces, apareciste tú.

Y ahora, en estos momentos, mientras te escribo, te recuerdo a la perfección. Ese primer día, el primer contacto, tu primera sonrisa.

Tu sonrisa... Siempre estuvo ahí, aunque la mía desapareciera, haciendo la fuerza de ambas. A lo que iba, que apareciste, y diste luz a mis días, me hiciste sentir especial, llamativa, popular. Y no fue suficiente que lo dieras todo por mí, al parecer, porque esa última palabra, ese maldito término, ese «popular» era mi camino a seguir, era lo único que el burro —la burra, en este caso—, veía.

Nos conocimos en el segundo año de instituto, motivo por el que quizá nunca supiste todo lo que viví en el primero. Hoy estoy aquí para contártelo, para excusarme de alguna manera, para pedirte perdón por el daño causado, pero, sobre todo, para darte las gracias por lo que me enseñaste día a día, aunque entonces no lo apreciara.

Hoy estoy aquí para hablarte de mí, de ellas y de ti. Para abrir mi pecho de par en par y que veas todo lo que mi corazón guardó durante mucho tiempo. No es para que me comprendas o me perdones, eso ya lo hiciste, lo hago por necesidad, para expulsarlo, para liberarme de alguna manera de todo ese peso que aún me condiciona. Y lo haré libremente, sin tapujos, sin límites.

Así que comencemos por el principio...

# Capítulo 2

¿Cuánto dura un año? Trescientos sesenta y cinco días, dicen. Permíteme discrepar. Quien dictaminó eso no era feliz. ¿En qué se basó, realmente? Yo, para exponer mi teoría, me baso en esa primera etapa de instituto. Me da cuenta de que un año puede llegar a ser infinito, por mucho que el calendario diga lo contrario, y es que no es lo mismo un año completo, lleno de risas y de felicidad, que un año colmado de humillación, lágrimas y miedo.

Nunca pensé que sería una de esas personas que viven ese tipo de situaciones. Era una chica normal, ilusionada con mi primer año de secundaria y cubierta por una fina capa de miedo totalmente comprensible, pues pasaría de ser la mayor del colegio a la más pequeña del instituto, y eso asusta. Pero tendría a mis amigos, los mismos que también experimentaban aquella sensación de incertidumbre a lo desconocido.

No, ellos nunca llegaron a acompañarme.

Yo vivía a las afueras de la ciudad, por lo que el centro más cercano a casa era aquel que no le había tocado a ninguno de mis compañeros. Y créeme, cuando te das cuenta de que estás sola, esa fina capa de miedo se convierte en una pesada manta de terror.

Recuerdo mis primeros días de clase. El cambio era evidente, no todo era coser y cantar. Pero me apliqué, estudié más, presté más atención en clase y saqué cada examen y cada trabajo con las mejores notas. ¿Puedes creer que ese fue el comienzo de mi pesadilla? Trabajar duro y obtener resultados se convirtió en motivo de burla. Mis «compañeros» se reían de mí. Me llamaban empollona de manera despectiva. La primera vez que lo hicieron, al llegar a casa corrí hacia el ordenador, abrí Google y busqué la palabra. «Que estudia mucho», decía el principio de la definición. Llámame tonta, pero seguía sin entender qué tenía aquello de malo.

Risas. Pero no conmigo, sino de mí.

Comencé a ser el motivo de las risas de toda mi clase. Por tener aparato dental. Por necesitar ponerme las gafas para ver la pizarra desde la parte de atrás. Si llevaba jersey, si no lo llevaba. Si me ponía un pantalón vaquero, si me ponía faldas. Si me maquillaba, si no lo hacía. Daba igual, no importaba lo bien que intentara hacerlo, ellas siempre tenían algo que objetar. Porque

todo lo empezaron ellas, que conste, y los demás alumnos las siguieron.

Nunca le conté nada a nadie. En un principio porque creía que todo pasaría pronto, que solo era la distracción del nuevo curso y que con rapidez se les olvidaría.

Qué equivocada estaba...

Todo empeoró el día que, en el baño, intentando quitar de mis labios la pintura color coral de permanencia fija por la que se habían reído de mí, aparecieron ellas. Me enfocaron. Nuestras miradas se unieron a través del espejo que tenía ante mí, aunque nuestros ojos distaban bastante. Los míos estaban cargados de un miedo instintivo; los suyos de malicia y diversión. Mis piernas comenzaron a temblar, aunque intenté disimularlo. Corté el contacto visual y me ensimismé echando agua en el pañuelo de mi mano, tratando de continuar con la ridícula acción de quitar aquel pintalabios mientras me convencía a mí misma de que nada pasaría.

Solo eran burlas, no podrían llegar tan lejos.

Pues sí, si podían llegar lejos, incluso más de lo que en un principio hubiera pensado.

Se acercaron con sigilo, marcando terreno, comiéndome con la mirada, dejándome claro que ellas cazaban y que yo era su presa. Me rodearon. Miré de reojo hacia la salida, sin darme cuenta de que ese sería mi peor error, de que yo sola había delatado mis intenciones... Y, justo cuando intenté esquivarlas y echar a correr, me atraparon entre las tres, me desplazaron hasta el interior de uno de los servicios y llevaron a cabo todo aquello que seguramente habían planeado con anterioridad.

Comentaban algo entre risas, aunque el pánico no me dejaba escucharlas con claridad. No lo entendía. No sabía por qué hacían aquello, por más que intentara recordar si había hecho algo para merecerlo. Pronto aquellas dudas desaparecieron, mi mente solo pensaba en el siguiente paso que darían, en lo próximo que me ocurriría. Estaba arrinconada entre el váter y la pared mientras sus manos tiraban de mi ropa, rasgándola. Mi pelo era sujeto por un par de manos que tiraban tan fuerte, que incluso vi caer un mechón al suelo. Mi cuerpo se movía como un trapo sin que yo pudiese hacer nada para remediarlo. No sé cuántos minutos pasé así, pero de repente se me antojaron pocos. Sí, sé que suena extraño, que lo más normal hubiera sido desear con todas mis fuerzas que aquello terminara, pero no, no era mi caso. Y no lo era porque lo que vino a continuación fue peor.

Elevaron mi cuerpo entre dos, mientras la restante seguía aferrada a mi cabello. Lo hicieron sin esfuerzo alguno, como si fuese una muñeca sin sentimientos que ellas realmente creían que era. Pero no, no era una muñeca y, sí, sí sentía. Aunque cuando mi cara se aproximó al váter y mi cabeza se fue hundiendo en aquella agua sucia, deseé con todas mis fuerzas dejar de sentir. Deseé morirme, literalmente.

Me asfixiaba. No porque mis pulmones se llenasen de agua en segundos y me fuese casi imposible respirar, que también, me asfixiaba de vergüenza, de miedo y de dolor. Un dolor interno desgarrador, una herida abierta en canal en el epicentro de mi amor propio. Y después, cuando se suponía que todo había acabado, cuando se marcharon con mi ropa en la mano, dejándome arrinconada, mojada, sucia y desnuda, ahí, en ese momento, comenzó mi auténtico calvario, mi verdadera lucha interna.

Ahí les demostré que era débil.

Y el transcurso del año fue lo peor que hubiese podido imaginar nunca.

Aquel episodio se repitió tantas veces que a día de hoy, cuando enfoco la puerta de cualquier aseo, no puedo evitar verme años atrás entrando temblorosa, mirando hacia todas partes. Me veo guardando mis gafas en la funda e intentando no mostrar demasiado el aparato con tal de no darle motivos a nadie para ridiculizarme. Me recuerdo rezando para que ellas no estuviesen cerca, para que no me hubiesen visto y me hicieran aquellas cosas que ellas llamaban «bromas».

Una vez, una profesora, dijo en clase que las bromas eran bromas cuando las dos partes se reían; quien la daba y quien la recibía. Yo nunca me reí de aquello.

Y después vinieron más, muchas más. A cada cual más original y cruel.

Continué callada, guardando en mi interior todo el sufrimiento, todas aquellas preguntas sin respuesta que nunca fui capaz de solucionar.

¿Por qué?

¿Por qué a mí?

¿Por qué con ellas?

¿Qué he hecho mal?

Pero los «por qué» los aparté a un lado para centrarme en los «cómo».

Cómo evitarlo.

Cómo solucionarlo.

Cómo pararlas.

Y me sorprendí a mí misma pensando que no había manera, que ellas habían ganado, que yo había perdido. Que mi única salvación era que, al terminar el curso, al cambiar de clase, ellas no coincidieran conmigo.

Y el curso terminó, el nuevo comenzó y ellas... Ellas me hicieron darme cuenta de que eso que dicen de que «desear algo con muchas ganas es hacerlo posible», era totalmente falso.

Jamás podría expresar las ganas que tenía de que desaparecieran de mi vida. Un verano entero suplicando interiormente porque aquello ocurriera, por alejarlas aunque fuera un poco.

Llegó septiembre.

Las listas pegadas en las vidrieras de la puerta principal del instituto. Mi corazón acelerado a la vez que mi dedo nervioso recorría cada nombre. Y ahí estaban. Los tres suyos y el mío.

# Capítulo 3

Me gustaría seguir desahogándome, contándote todas y cada una de las situaciones por las que pasé, pero no es ese el motivo por el que hoy estoy aquí, escribiéndote. Solo quería introducirte en mi verdadera historia, en el comienzo de todo. Para que en parte puedas intentar entender quién era y qué me llevo a convertirme en quien fui.

¿Ves las noticias del mediodía en casa? A mí nunca me gustaron. Será que era mucho más joven y no entendía todo lo que esos comunicados reflejaban. Ahora sí las veo, aunque sigue sin gustarme, creo que a veces alteran la información para sacar jugo a eso que les interesa. Y veo muchísimas noticias en las que emplean ese nuevo concepto, el *bullying*. No, no es nuevo, solo que antes no tenía un término específico, no sabíamos diferenciarlo, quizá.

¿No te resulta exagerado oír que alguien se ha matado o lo ha intentado porque sufría acoso? ¿No suena desgarrador?

A mí no me sorprende.

Sí, sí, como lees. No me sorprende, no me asombra, no me resulta exagerado. Pero sí, me resulta desgarrador, injusto, inhumano. Asqueroso. Muy asqueroso.

Yo lo he vivido. He sentido, en un principio, las ganas de desaparecer de la vida. Después, con el paso de los días, semanas y meses, he deseado con todas mis fuerzas morir concienzudamente. Era mi única escapatoria, era la forma de dejar de sufrir de una vez por todas.

No, no la era. Había muchas salidas más, muchísimas, pero entonces no las apreciaba.

No lo medité, muy al contrario de lo que todo el mundo imagina que uno piensa antes de querer acabar con su vida. Yo quise hacerlo con la mía sin ni siquiera saber lo que era vivir realmente.

Caminé con la mente en blanco hacia aquel muro de piedra que había tras el insti, me senté en él y miré unos minutos hacia abajo. Todo era verde, y se unía con el cielo azul, convirtiéndolo en algo hermoso.

Así sería mi destino. Un lugar hermoso en el que ellas no estarían.

¿No pensaste en tus padres, en tu familia? ¿No pensaste en tus amigos?

¿Y en el daño que causarías? ¿No barajaste otras opciones?

Esas son las preguntas que cualquiera que supiera esta historia me habría hecho.

No.

Esa sería mi respuesta a todas sus cuestiones.

¿Sabes lo que pensé? Que ya no me ahogaría nunca más en el agua sucia de un váter; que no lloraría en un rincón del vestuario mientras me preguntaba cómo recuperar algo de ropa, toallas o cualquier prenda que me cubriese para poder salir de allí sin ser vista desnuda; que no faltarían más mechones de pelo en mi cabeza y que podría caminar en aquel lugar, donde fuera que acabase, sin miedo a que alguien me sorprendiera empujándome por las espaldas o escupiéndome. Ya no habría más burlas. Nunca más tendría que preocuparme por ocultar a mis padres las marcas, los moratones, los arañazos... Ya el maquillaje tendría solo la función de embellecer, no de ocultar mi sufrimiento.

Sonará egoísta, pero esa es la realidad. Solo pensé en mí y en acabar con aquello que me consumía lentamente.

Sin preguntas, sin porqués, sin buscar otras soluciones. Solo saltar al vacío y dejarme llevar.

Mi cuerpo se inclinó levemente hacia delante. Un segundo. Un movimiento más y diría adiós a todo lo malo.

Pero entonces, como aquel ángel protector que siempre fuiste, incluso sin saberlo, apareciste.

# Capítulo 4

Aparecer, aparecer, no. Ya estabas ahí.

Tres meses de curso habías estado en mi misma clase y yo, tan sumida en mis propios problemas, no me di cuenta de que eras esa persona que todo el mundo necesita a su lado para resurgir.

Pues eso, que llegaste allí, a aquel muro al que nunca nadie se acercaba para nada que no fuese fumar un cigarrillo a escondidas de los profesores, o a suicidarse, en mi caso. Fue tanta la casualidad, que pensé que no lo había sido, que estabas allí intencionadamente.

No, no lo estabas.

Me habías seguido desde el pasillo porque del bolsillo pequeño de mi mochila se había caído un papel y, al mirarlo, te diste cuenta de que eran apuntes, pensando que sería importante para mí. Tomaste asiento a mi lado, me lo entregaste y me sonreíste. Ahora cierro los ojos y solo puedo recordar aquella primera vez que te vi; a ti y a tu sonrisa. Ya lo he dicho anteriormente, era deslumbrante. Eras deslumbrantes.

Eres deslumbrante.

Abrí el papel y, efectivamente, todo eran anotaciones para el próximo examen. ¿Recuerdas el ataque de risa que me entró al verlo en mis manos? Compréndeme. Yo estaba ahí, a un segundo de terminar con todo, y tú estabas preocupado por si ese papel contenía información relevante. Claro, me reí muchísimo. Mezcla del miedo, los nervios y la felicidad. Me miraste incrédulo, quizá pensando que estaba loca. No te culpo, yo también lo hubiera pensado si alguien tuviera esa reacción al desplegar un folio.

Pero no era un sencillo folio, como tampoco eras alguien cualquiera que se había preocupado por mis apuntes; era el objeto que lo desencadenó todo y eras la persona que me salvó la vida para, después, hacerme ver lo bonito de esta.

Mi salvación.

Mi salida.

Mi luz.

Tú.

¿Y sabes qué es lo mejor? Que nunca lo supiste. Que, quizá, cuando este

escrito llegue a ti y descubras por qué reía como una chalada, te des cuenta de que no solo salvaste la vida de alguien, sino que también le diste un motivo para vivirla realmente.

Aún guardo ese folio con aquellos apuntes de un examen que finalmente aprobé. Y, a veces —muchas—, cuando te pienso —demasiado—, busco en mi armario, en esa caja de zapatos que oculté tantos recuerdos, y lo saco, lo leo, y te recuerdo a mi lado, sonriente.

Y lloro.

Lloro de felicidad, porque estás aquí.

Lloro de tristeza, porque no lo haces de la manera que me gustaría.

Después me quedo sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Me digo a mí misma que no lo haga, que es inútil, que no me martirice. Pero nunca funciona. Vuelvo a abrir la caja y cojo las fotografías, las ojeo durante muchos muchos minutos, sonrío y vuelvo a revivir en mi mente cada momento juntos. Fueron tantos que todavía no entiendo cómo todo eso se pudo esfumar. Cómo dejé que se esfumara.

¿Tú también los revives en tu mente?

¿Tú también me echas tanto de menos?

Me encantaría tener valor para correr y preguntártelo, mirándote a los ojos, de esa manera que tú sí eras capaz de hacer. Pero todavía no soy lo suficientemente valiente para enfrentarme a ello.

Disculpa que me distraiga, que me vaya por las ramas, pero recordarte me hace volar lejos. Y volver a una realidad en la que no estás, duele.

A lo que iba, al día del folio. Tras ese momento cumbre en mi historia, algo cambió. Pasaste de ser un chico invisible a convertirte en mi amigo. Tú no lo sabías, pero todo continuaba tal y como comenzó. Ellas seguían burlándose de mí, buscando cualquier momento para golpearme sin motivo alguno, pero, cuando cerraba los ojos intentando que todo sucediera más rápido, te veía a ti y sabía que justo cuando ellas desaparecieran, yo iría corriendo a buscarte para hacer un poco más liviano mi dolor.

Comenzamos a compartir momentos juntos. Entre mis favoritos están todos esos en los que te venías a mi casa o yo me iba a la tuya para estudiar. Nos quedábamos en silencio leyendo nuestros apuntes, pero estabas ahí, y eso me reconfortaba.

Las carreras sin sentido por la calle, esas en las que tú siempre ganabas.

Los debates políticos de los que no teníamos ni idea, pero igualmente era

fácil resolver el mundo juntos.

Cuando te obligué a jugar conmigo al *sesese*.

Las palomitas en el cine que siempre dejabas que me comiera yo, porque me gustaban más y no nos alcanzaba el dinero para otra bolsa.

La música alta en tu casa; bajita en la mía para que no se quejaran mis padres.

El *camping* de verano al que me pediste que te acompañara.

Tu asquerosa manía de quitarme la golosina de las manos justo cuando me la iba a comer, chuparla y dármela de nuevo.

Tu sonrisa deslumbrante ante cualquier circunstancia.

La hoguera de papeles de propaganda en mitad de la calle para quitarnos el frío.

El ponerte a mi lado intencionadamente para que te soplara las preguntas del examen.

Pero mi favorito de todos, el que más, era ese momento en el que yo llegaba cabizbaja, señalada, cuando acabada de vivir otro asqueroso episodio por aquellas tres arpias, intentando disimular mi malestar y sonriendo sin ganas. Tú me observabas con preocupación, ojeabas mis señales sin disimulo, encogías el rostro y me mirabas.

Ahora mismo parece que te tengo frente a mí, con el entrecejo fruncido, con tus labios, esos que siempre sonreían, mostrando una fina «s».

No era consciente en aquel momento de que era tan importante para ti, que era la única persona capaz de borrar la felicidad de tu cara.

Continuabas mirándome durante segundos, aunque yo cambiara el tema y sonriera mucho, intentando quitar de tu mente aquello que fuera que te rondara, pero callabas, siempre callabas, nunca me presionaste. Siempre esperaste que llegara aquel momento de confianza absoluta en el que fuese capaz de contarte mi mayor temor. La paciencia se agota, y yo nunca me atreví a desvelarlo.

Comprende que ese sea mi momento favorito. Me apoyabas en silencio, demostrándolo. De esa manera única que ya las personas no practican.

No tenías necesidad de fardar por estar a mi lado. Lo estabas sin más.

No lo sabías, y quizá aún no lo sepas, pero, indirectamente, me salvaste de mucho.

Un día, mientras desayunábamos en el recreo, me dijiste que el objetivo de la vida era ser valiente. No recuerdo de qué hablábamos, pero sí el cambio

drástico que tus palabras crearon en mí. Dijiste que serlo no era nada del otro mundo, pero que no había mayor satisfacción que enfrentarte a tu mayor miedo y saber que le habías ganado.

«Y tú, ¿tienes algún miedo al que enfrentarte?», me preguntaste mirándome a los ojos.

Te respondí que sí, que las cucarachas me causaban auténtico terror.

Ahora, un poco más adulta y madura, entiendo que estabas dándome la oportunidad de abrirme ante ti, de contarte aquello que realmente me preocupaba, que se llevaba un pedazo de mí cada día.

Por eso quizá tus labios volvieron a fruncirse ante mi respuesta y tus ojos buscaron el suelo.

«Las cucarachas se fumigan», dijiste, sin saber quizá que acababas de darme el empujón que me faltaba.

Hacía frío aquel día. Demasiado para estar arrinconada en la esquina de la ducha de un vestuario, con el agua caliente cortada, sin ropa y sin toalla. Lloré como nunca, dejando caer en mis lágrimas, la vergüenza y la frustración que me acompañaban.

Por primera vez en muchos meses volví a sentir ganas de acercarme al muro, ojear el prado verde y saltar al vacío sin que tú aparecieras con tu sonrisa para impedirlo. Entonces, en ese momento en el que me revolcaba en mi propia mierda interna, apareció una de ellas y me observó desde arriba, con una sonrisa ladina que me hacía ver con más claridad que daba auténtica pena.

La miré desde abajo, mojada, desnuda, inferior. Tan inferior como ella había querido que me sintiese. Anulada.

Y tus palabras vinieron a mi mente.

«El objetivo de la vida es ser valiente. Serlo no es nada del otro mundo, pero no hay mayor satisfacción que enfrentarte a tu gran miedo y saber que le has ganado».

«Las cucarachas se fumigan».

Y, aunque mi mayor miedo eran ellas, me pregunté si sola, sin las demás cucarachas, sería tan valiente como lo había sido hasta entonces. Me levanté dejando a un lado la autocompasión y me planté frente a ella.

Al principio me miró con sorna, claro... ¿Cómo pretendía que una persona que había estado abusando de mí durante casi dos años se acongojara porque simplemente me pusiera de pie y la enfrentara? Pero su sonrisa se

borró de golpe cuando la sujeté por la camiseta, le di la vuelta y la empujé sobre los azulejos de la ducha.

Me avergüenza reconocerlo, pero me sentí grande al ver el miedo en sus ojos.

No hice su ropa jirones, se la quité mientras la amenazaba con una mirada que decía: se acabó. Me la puse sobre mi cuerpo para poder salir de allí vestida y abrí el grifo, empapándola con aquella agua helada en pleno invierno.

Verla arrinconada, abrazando su propia desnudez, pidiendo interiormente, quizá, que alguien viniese a buscarla y la ayudara... Todo aquello me hizo sentir bien.

Tenía suerte, después de todo, yo nunca tuve a nadie que viniese a buscarme como seguramente harían con ella.

Sí, sí, lo sé, si no te tuve a ti fue porque no quise, porque, aunque en aquel momento creía haber sido valiente, no era la realidad. O, si por un segundo se pudiera considerar que sí lo fui, todo se vino abajo con mi siguiente paso.

Aquel que lo cambió todo.

El detonante de mi historia.

El motivo por el cual, quizás, no continuamos formando una juntos.

Mi peor error. El que atrajo todas las consecuencias.

Por alguna razón que a día de hoy aún desconozco, la noticia de lo que hice cundió, llegando a oídos de casi todo el instituto, y mi vida cambió de manera radical.

Deje de ser invisible para pasar a ser el centro de atención en los pasillos, porque los demás consideraban que era valiente por haberme enfrentado a una de ellas. Una de las temidas, de las matonas.

Conforme caminaba, la gente cuchicheaba a mi alrededor, me señalaba, me sonreía.

Los chicos, esos mayores, guapos e inalcanzables de cursos superiores, se acercaban a mí, me dejaban sus números de teléfono apuntados en notas e intentaban hacer lo posible por captar mi interés.

El interés de una chica que tenía aparato, en ocasiones gafas, y había sufrido abuso por ello.

¿Recuerdas al comienzo de mi escrito que mencioné el término «popularidad»? Pues en ese momento exacto fue cuando llegó a mi vida. ¿Y sabes que fue lo peor de convertirme en alguien popular? Que llamé la

atención de esas mismas que habían hecho de mí un alma en pena, llegando incluso a tener ganas de acabar con mi vida.

Y, sí, querido amigo, querido confidente tardío, me convertí en una de ellas.

# Capítulo 5

¿Has oído alguna vez eso de «si no puedes con tu enemigo únete a él»? Pues yo me uní.

¿Qué triste, verdad?

Qué bochornoso...

La popularidad me cegó. Incluso llegué a comprender a aquellas tres que me jodieron la vida. Su amistad me pudo más que sus desplantes, sus burlas y sus palizas.

Llegaron una mañana a aquel rincón del patio donde me situaba cada día a tomar mi desayuno. Estabas allí, ¿te acuerdas? Y me pidieron hablar a solas. Quizás tú no lo sabías, pero sentí miedo, un pánico atroz. Aunque lo disimulé y alcé el mentón, porque lo mejor del mundo es ser valiente. Al menos aparentarlo. Y parece ser que funcionó, porque al apartarnos unos metros, no hubo insultos, ni tirones de pelo, ni saliva, ni golpes. Solo hubo una palabra: «perdón».

¿Por haberme jodido la vida?

No, perdón por haberse portado mal conmigo, dijeron.

Y yo les dije que no había nada que perdonar, que lo único que tenían que hacer era estar fuera de mi vista si no querían que les pasara a todas lo que a su amiga en el vestuario. Y volvieron a disculparse, aunque yo volví a repetirme que todo aquello era falso.

¿Cómo fue? No lo sé. Pero pasó, que es lo importante. Y día tras día se acercaron a mí, rogaron mis disculpas, me demostraron con pequeños gestos que podían ser simpáticas y divertidas. Como si le hubiese dado la vuelta a la moneda y estuviese viendo la otra cara.

Qué ridículo suena ahora que lo escribo y lo releo.

También ahora te comprendo.

Entiendo tu insistencia al preguntarme por qué comencé a juntarme con ese tipo de personas. Yo siempre alegaba que no eran solo lo que los demás veíais por fuera, que dentro había una parte mejor.

Yo que había sufrido bajo sus manos, las defendía.

Lo sé, patético.

También comprendo tus ganas de apartarme de ellas. Los reproches que

comenzaron a salir de tu boca al darte cuenta de que te estaba dando de lado.

En mi defensa diré que no me percataba de ello, la anteojera de burra no me lo permitía.

Yo caminaba con chulería por los pasillos, estudiaba menos y salía más. Ligaba con chicos a los que luego, en el momento cumbre, cuando ya creían tenerlo todo ganado, les daba plantón, les hacía ver que yo mandaba, y no ellos. Ya no vestía vaqueros recatados con camisetas básicas; mi estilo cambió y cada vez me atrevía más. Sobre todo cuando los de mi alrededor me hacían ver lo fantástica que era, lo bien que me quedaba todo, lo guapa que iba siempre. Ya no me preocupaba por tapar marcas ni miraba a ambos lados para comprobar si alguien me empujaría o me escupiría en el pelo.

Yo ya, no era yo.

Y nosotros tampoco éramos nosotros.

Las carreras sin sentido por la calle comenzaron a parecerme ridículas.

Lo sé, al principio también carecían de sentido, pero eso era lo que las hacía especiales.

Los debates políticos disminuyeron, pues ya no me hacía tanta ilusión solucionar los conflictos de otros; los míos me parecían mucho más importantes.

Y, poco a poco, casi sin percatarme, las tardes de juegos se esfumaron, y las de cine, y las de música, y las de silencios comprensivos.

Fíjate lo que voy a decir y ten en cuenta que quizá reconocerlo me duele más a mí que a ti: no me dolió, no me afectó, no me hiciste falta.

Yo lo tenía todo, no te necesitaba.

Ni tus estúpidos silencios ni tu comprensión. No la quería.

Y si te lo cuento ofuscada, si te lo digo insultando, es porque me desquebrajo al pensar que te convertí en alguien tan invisible como en su día lo fui yo para otros. Me rompo al pensar de qué manera te siento ahora.

Te recuerdo tirando de mí, intentando sacarme de aquel pozo al que caía sin llegar nunca al final. Y yo pensaba que solo estabas celoso, que requerías mi atención.

Incluso te llegué a ver estúpido, mendigando por mi interés.

Te llegué a tratar como a tantos de esos chicos a los que les dejé bien claro que yo era más que ellos.

O eso creía.

# Capítulo 6

Nunca le hice daño a nadie.

Quiero decir, nunca toqué a otra persona, ni le escupí, tiré del pelo o similar. Yo me quedaba rezagada, un par de pasos por detrás de ellas, observando cómo actuaban. Y creía que por eso no era mala persona, que no era una más de su banda de matonas.

Pero un día, en el vestuario femenino, se ensalzaron con una chica de clase. ¿Qué hizo? Ya no lo recuerdo. ¿Llevar aparato, quizá? ¿Una ropa que no les pareciera adecuada? ¿Demasiado maquillaje? ¿Demasiado poco? ¿Mirarlas fijamente más de dos segundos? No lo recuerdo, de verdad, pero no importa, no estaba justificado.

Aquello nunca estaba justificado.

Lo que sí recuerdo a la perfección es cuál fue la consecuencia: cabeza completa al váter. Y lo que vino después, eso también lo recuerdo. De hecho lo tengo grabado a fuego en mi memoria. Tallado. La puerta se abrió chocando con fuerza contra la pared, produciendo un estridente sonido que nos hizo pegar a todas un salto y, nos giramos a mirar quién era.

Nos giramos a mirarte.

Porque allí estabas tú. Sin tu sonrisa permanente, que ya tan persistente no era, y sin tu brillo especial en los ojos.

Suspiré con alivio porque no fuera un profesor el que usurpara el baño de aquella manera tan brusca y las pillara con las manos en la masa.

Las pillara... Como si yo no estuviese allí.

Me mantuve unos segundos mirándote, al igual que las demás. La víctima de aquel día había sacado la cabeza corriendo del váter e intentaba escapar, pero las chicas fueron más rápidas y la rodearon a tiempo para volver a encargarse de ella. Le habías devuelto unos segundos de aire con tu intromisión.

«Encárgate de él», me dijo una de ellas. «Y que no se le ocurra abrir la boca».

Suspiré, descrucé los brazos y caminé con pesadez hasta donde estabas. Te atrapé con fuerza de la muñeca y te hice salir al pasillo de malas maneras. Un pasillo solitario junto al pabellón de deportes.

Te grité.

Lo hice con odio, con desdén. Te acusé de haber interrumpido, de meter las narices donde no te llamaban, de perseguirme. Te pedí que te marcharas, que me dejases en paz de una vez por todas.

Recuerdo tu silencio como el peor de los reproches.

Tú solo callabas cuando me dabas espacio para hablar, de lo contrario, siempre tenías algo que decir, aunque fuese una tontería que calmara el ambiente. Y aquel día callaste mientras me observabas. No quise darme cuenta en aquel momento, o quizá creía que me daba igual, pero me mirabas... diferente.

Por fin hablaste, y entonces me percaté de que tu silencio no era lo peor, lo peor fue escuchar lo que no quería: me confesaste que entraste allí porque llevabas tiempo sospechando que aquellas chicas abusaban de mí. Mis marcas, mi mirada gacha, mis silencios, el miedo de mis ojos... Todo aquello te alertó y querías sacarme de aquel agujero en el que creías que estaba metida. Sin embargo, llegaste justo a tiempo para percartarte de que yo era una de las que cavaba aquel hoyo.

Sí, venías a protegerme. Estabas cansado de mi silencio. Tu paciencia se había agotado.

¿Sabes que creí que ya no habría nada peor? Después de tu silencio y tu confesión, digo. Pues me equivoqué. Sí lo había. Lo siguiente fue mucho más doloroso.

«Estoy enamorado de ti», dijiste.

Así, sin anestesia.

«Y, ¿sabes qué es lo peor? Que debería tener miedo de decir esto, incertidumbre por tu reacción. Debería intentar besarte ahora y estar nervioso ante tu respuesta, ante la confesión que tantos meses llevo guardándome hasta ver si me correspondes. Pero es triste, porque no siento nada de eso. Solo siento que me he enamorado de un monstruo».

Me miraste una última vez a los ojos, juraría que al borde de las lágrimas. Observé tus puños cerrados con fuerza, quizás guardando dentro toda la impotencia que sentías, y te marchaste sin mirar atrás.

Y algo en mí se removió de tal manera que tuve que apoyarme en la pared para mantener el equilibrio y la compostura.

Sentí náuseas.

Sentí mareos.

Sentí tristeza.

Sentí que sí, que efectivamente era un monstruo, que me había convertido en todo aquello que siempre odié.

Me habías hecho caso; me dejarías en paz.

Sentí que te había perdido.

Y, créeme, nunca he experimentado nada peor.

Intenté hacer creer al mundo que era la misma chica segura de sí misma en la que me había convertido, pero me di cuenta de que no intentaba engañar a los demás, sino a mí. Me repetía que no me afectaba, que no necesitaba tu amistad, que tu confesión no había creado estragos irreparables en mi interior y que no me importaba en absoluto que me viesen como un monstruo.

Y es más que evidente que mentía en todo.

La primera vez que me enfrenté a la realidad fue aquella que entré en clase y al mirar hacia nuestros asientos tú ya no estabas. Paseé los ojos hasta que te encontré al final, lo más alejado posible de mí. Alcé el mentón y me senté con dignidad, sin dejar intuir de qué manera me escocía el alma.

Te apartaste de mí. Pero no solo en aquella aula donde nos separaban un puñado de sillas, no. De verdad. Y aquello me hizo reflexionar, darme cuenta de quién era en un principio y en quién me había convertido.

¿Por qué tuviste que marcharte para darme cuenta de que estabas?

Decidí salir de aquel grupo, de aquella vida de mierda que yo sola me había buscado. Pero no fue fácil.

Poco a poco fui dando largas a las chicas cuando me llamaban para quedar, cuando requerían mi presencia e incluso en los recreos.

¿Sabes que llegué a portarme mal para que me castigaran en clase y no tuviera que ponerles excusas?

Después vinieron muchos desplantes más por tu parte durante semanas. Desplantes que me recordaban que te había perdido, que tenía que recuperarte.

Llegó el día de las vacaciones de verano.

Había estado meditando mucho tiempo cómo hacerlo, hasta que decidí dejar de planificar y hacer lo que de verdad sentía, volviendo, en parte, a ser esa niña que tú conocías, a esa que salvaste en el filo de un muro de piedras.

Salí con rapidez de clase y corrí con todas mis ganas hasta la esquina anterior a tu calle. Tan veloz fui, que tuve que esperarte durante más de siete minutos apoyada sobre la pared mientras me mordía las uñas. Ese simple

gesto me entristeció. No estabas allí para golpearme con suavidad la mano y decirme aquello de «a un amigo mío le salió un hongo asqueroso así de grande por roerse las uñas», y después señalar tu dedo mostrando la dimensión —tremendamente exagerada—, de aquel supuesto hongo que, de tanto mencionarlo, ya casi pertenecía a nuestra familia.

Apareciste, y donde esperaba una cara de sorpresa al verme, apareció una de ¿decepción?, ¿aburrimiento?, ¿pesadumbre? No lo sé, pero no era lo que esperaba.

Esperaba que verme te iluminara, te removiera. Pero no.

Te miré.

Nos miramos, mejor dicho. Y no pensé, porque era una cobarde —siempre lo he sido—, y si meditaba mis palabras las guardaría allí donde quiera que estuvieran, o me las tragaría justo en el momento que las fuese a escupir.

«Perdóname».

Aquella fue mi única palabra, pero cómo pesaba, me tembló la voz en cada sílaba, aunque lo sentía de corazón. De hecho no había deseado otra cosa con más ganas jamás. Me quedé contemplándote fijamente a los ojos y, por un nanosegundo, creí que me observaban diferente. Como si el brillo especial hubiera vuelto a ellos, como si miraras a mi «yo» de siempre. Pero no, rápidamente desapareció y tus retinas se cubrieron con una capa de indiferencia.

Me dijiste que no era a ti a quien tenía que pedir perdón, que no eras tú quien tenías la cabeza metida en el váter mientras yo estaba allí sin hacer absolutamente nada para evitarlo.

Me dijiste que yo era tan culpable o más que ellas.

Y de nuevo te marchaste.

# Capítulo 7

Intentaría explicarte lo desolador que fue aquello para mí por muchas razones, pero no sé reproducir, escribiendo, el sonido de un corazón desquebrajado que lo ha perdido todo.

Fueron un par de semanas inaguantables en las que me martiricé culpándome una y otra vez. Bonito comienzo de mis esperadas vacaciones.

Hasta que un lunes, ese día que el ser humano tanto odia, me levanté de la cama al recordar tus palabras resonando en mi cabeza.

Sí, lo de ser valiente y las cucarachas.

¿Sabes? Tú me dijiste que las cucarachas se fumigan y que los miedos había que enfrentarlos. Yo creí haber hecho las dos cosas y, sin embargo, me di cuenta de que no había realizado ninguna. Yo no había fumigado, me había unido a ese maldito grupo de bichos.

Me levanté de un salto, abrí la puerta del dormitorio y salí a toda prisa a buscar a mi madre.

Iba a ser valiente.

Y lo fui.

Tarde, pero lo fui.

Les conté todo a mis padres, absolutamente todo, y pedí que cogieran el teléfono, intentaran localizar de alguna manera al director de mi instituto y me acompañaran a ser valiente.

Cómo me costó hacerlo...

Cómo lloraban mis padres mientras se martirizaban diciendo una y otra vez que era imposible no haberse dado cuenta de lo que ocurría.

¿Cómo lo iban a saber, si yo nunca les conté nada?

Pero al fin lo hice, fumigué.

Fumigué con pelos y señales, con nombres y apellidos, con cada detalle de las actuaciones, con mi intento de suicidio, mi miedo... Fumigué contando que yo me uní, que me mantuve de brazos cruzados mientras veía cómo otros sufrían lo mismo que lo había hecho yo. Y creí que lo hacía por ti, por tu perdón, pero me di cuenta de que no, de que lo que necesitaba realmente era MI perdón.

Necesitaba descansar, estar en paz conmigo misma.

Y para ello, durante aquellos tres meses, busqué a todas las personas que habían sufrido abuso delante de mis narices y les rogué disculpas. Unos las aceptaron, otros no, pero lo intenté.

Y después, de nuevo, tuve miedo.

Miedo a que llegara septiembre y ellas estuvieran allí, esperándome para tomar venganza, para hacerme pasar por lo mismo. Pero no, no estaban. Y aquello es lo que más feliz me hizo.

¿Has escuchado esos niños que sufren *bullying* y los cambian de centro?

A ellos, sí.

Y tienen que adaptarse a un nuevo ambiente, a un nuevo plan de estudios, a una nueva vida... Ellos. Y los culpables siguen allí, en su entorno, en su territorio. Sin cambios, sin represalias, sin castigo. Esperando que lleguen otros para hacerle pasar por lo mismo una y otra vez.

Pues en este caso no fue así, y menos mal.

Las echaron a ellas.

Yo tuve represalias, aunque no tan extremas.

¿Pero sabes cuál fue mi peor castigo y a la vez mi mejor enseñanza? La que tú me proporcionaste.

Porque volví a buscarte.

Te envié un mensaje y te pedí que nos reuniésemos en el muro de piedra, que era importante. Habían pasado cuatro meses y, aun así, aceptaste.

¿Sabes lo que sentí estando sentada en aquel muro cuando te vi aparecer a lo lejos? No, no lo sabes, pero tampoco soy capaz de explicar, escribiendo, de qué manera un corazón quiere salir desbocado del pecho, salir a correr y abrazarse a la persona que ama.

Te amaba, sí. Y fue necesario perderte para darme cuenta.

Te amo, de hecho.

Te sentaste a mi lado, y casi me pareció estar reproduciendo aquella vez que todo comenzó.

Te relaté todo lo que había hecho durante el verano, mis supuestos buenos actos, y te pedí perdón.

Me perdonaste de manera sincera, porque tú eres mejor persona que yo, e intenté ser valiente de nuevo.

Te miré a los ojos, sujeté tus manos y te dije con mi pecho abierto de par en par, dejando salir cada sentimiento, que te quería.

Que te necesitaba.

Que mis manos pedían jugar a *sesese* contigo, aunque solo fuera una tonta excusa para rozar tu piel.

Que el mundo necesitaba ser solucionado con nuestras ignorantes teorías políticas.

Que echaba de menos aquella guarrería tuya de chupar mis golosinas.

Y tu risa.

Y tu voz.

Y tus silencios.

Necesitaba tu paciencia, tus consejos, tu presencia.

Te necesitaba a ti completo.

Y escribirlo aquí es una tontería, porque recordarás a la perfección lo que me respondiste.

Que era tarde para eso, que ya no estabas enamorado de mí.

No estabas enamorado de mí, sino de otra.

Otra que llegó mientras yo me había convertido en una persona digna de odiar y, sin embargo, me ofreciste de nuevo tu amistad.

Y aún la tengo, lo sé. Y estaré eternamente agradecida por ello, pero eso no es capaz de impedir que te anhele.

Que te vea con ella y mis sentimientos se revuelvan en mi contra.

Que me culpe.

Que te quiera aún más.

Que piense en que todas esas cosas que yo echo en falta, se las estás regalando a otra.

Que llore tu recuerdo por las noches.

¿Estoy escribiendo esto para pedirte que vuelvas, que me quieras? Claro que no, ¿cómo se le pide a alguien que te ame? Estoy aquí para darte las gracias de nuevo, porque como te he dicho antes, me diste las mejores lecciones de mi vida.

Me enseñaste que hay que ser valiente, aunque eso ya lo he dicho, y que las cucarachas se fumigan.

Me enseñaste que los sentimientos, con la misma rapidez que florecen, se apagan.

Que el ser humano es estúpido; necesita perder para encontrar.

Que los amigos pueden existir y, antes de decir lo contrario, debería plantearme siempre si yo estoy siendo esa amiga que querría a mi lado.

Que la vida es bonita y hay que vivirla bien.

A amar.  
A sufrir.  
A pedir perdón.  
A perdonar.  
A sincerarme.  
A olvidar.  
A vivir.

Por eso, amigo mío, confidente, sabedor tardío de esta historia, te confieso que hoy, cuando ponga fin a este escrito, iré a mi armario, buscaré nuestra caja —sí, nuestra, porque está colmada de nosotros, de nuestros recuerdos—, la miraré con detenimiento una última vez, lloraré en algunos momentos, quizá, y sonreiré en otros tantos, seguro. Disfrutaré un poco más de nuestra historia. Pero tras ello haré desaparecer aquella estúpida carta de suicidio, que gracias a ti, nunca tuve que darle a mis padres; aquel papel de apuntes que se escapó de mi mochila y decidió que te conociera, que aparecieses en mi vida, que esta historia comenzara; la instantánea de aquel fotomatón en la que, justo en el momento de disparar, me metiste un dedo mojado de saliva en la oreja y me giré a gritarte, consiguiendo así una imagen única y original; aquella piedra casi transparente que encontramos en la montaña cuando acampamos, y otras decenas de cosas más que guardo.

Porque también me has enseñado que hay que soltar. Soltar lo que no te hace bien, lo que causa estragos en tu interior, lo que pesa.

Pero no te preocupes, que jamás podré —ni intentaré—, soltar tu recuerdo; ni el de aquel día en el muro que cambiaste mi vida; ni el momento en el fotomatón y las carcajadas sonoras de después, ni la emoción de mirar al trasluz aquella piedra mientras fantaseábamos con ponerlas en el salón de una casa a la que quizá nos iríamos a vivir de mayores si seguíamos estudiando juntos...

Por todo esto y mucho más, nunca olvidaré sus nombres y, mucho menos, el tuyo. Pero, sobre todo, nunca olvidaré el mío. Quién soy, de dónde vengo y a dónde quiero llegar.

GRACIAS.

*Mamá, papá:*

*Hoy ha vuelto a ocurrir; tras arrancármelo, un mechón de pelo a caído al suelo y sus carcajadas al verlo se han hincado en mis oídos como agujas asesinas. Después se han marchado y me he permitido llorar mientras acomodaba mi cabello ante el espejo de manera que disimulara esa nueva calva. No he podido llorar lo suficiente para hacer desaparecer esa incómoda sensación que hace sentir que mis pulmones se encharcan de sufrimiento, pues la sirena ha sonado y he tenido que volver con rapidez a clase. Al tomar asiento, mi compañera de al lado me ha preguntado por la sangre que salía de mi nariz. No me había percatado de que estaba allí, creía que la humedad que sentía eran restos de mis lágrimas, pero al parecer no, era la evidencia de que los golpes, esta vez, habían sido más fuertes.*

*No me ha preocupado demasiado, pues al menos hoy no me ha tocado escupitajo, ni quedarme desnuda o encerrada. Y lo que es mejor, no he probado agua sucia del váter. Hoy no me ha tocado poner excusa alguna al llegar a casa, y he comido en el salón con vosotros. Ya hacía unos días que no me lo podía permitir si quería que todo esto siguiese oculto.*

*Hoy, el día ha sido medianamente aceptable, por eso no entiendo el porqué de esta decisión definitiva.*

*Creo que ahora comprendo eso que siempre te escucho decirle a papá cuando peleáis por alguna tontería.*

*«Ha sido la gota que ha colmado el vaso».*

*He tenido que buscar en Google el significado de «colmar», y quiere decir algo así como llenar.*

*Pues bien, estoy llena.*

*Estoy llena de sufrimiento, pero sobre todo de miedo.*

*De miedo a caminar por los pasillos del instituto, porque nunca sé con certeza en qué lugar se encuentran ellas, aunque me pase el día intentando controlar sus posiciones.*

*Miedo a que me arranquen un nuevo mechón de pelo o me escupan en él. De que mis pulmones se encharquen, pero de verdad, al tragar tanta agua sucia sin que me den una tregua para respirar.*

*Miedo a los aseos.*

*A los vestuarios, sus duchas y del agua fría o caliente que me quema la piel cuando me cae durante tanto tiempo encima.*

*Tengo pánico a llegar a casa y que un día descubráis mis señales,*

*morados, la sangre reseca que a veces se queda en mi nariz. Porque, aunque la haya limpiado, en ocasiones vuelve a brotar por el camino de vuelta.*

*Estoy llena de todo ese terror, y necesito vaciarme.*

*¿Sabéis? Llevo muchísimas noches sin dormir. A veces, rendida, caigo durante unas horas, pero después las pesadillas aparecen y me hacen despertar sudando. Entonces miro el despertador y veo que falta menos para mi propio infierno. Descubro que las pesadillas nocturnas no son tan malas como las diurnas.*

*Ya no puedo concentrarme en estudiar, y sacar buenas notas no me hace feliz.*

*El instituto me da pánico.*

*Así que, cuando leáis esta carta, no quiero que estéis tristes, porque yo seré feliz. Y siempre os oigo decir que mi felicidad es la vuestra.*

*Allí no habrá lágrimas ni miedo.*

*Allí no estarán ellas.*

*Allí solo estaré yo y mi felicidad. Y un día, espero que dentro de muchos muchos años, los tres de nuevo. Sin secretos, sin mentiras, sin excusas.*

*Perdón si esta despedida es egoísta, si solo pienso en mí.*

*Perdón si nunca os conté nada, pero no quería haceros sufrir con mis problemas.*

*Perdón por despedirme de una forma tan fría, pero no puedo permitir que nadie me frene.*

*Perdón por ser cobarde.*

*Os quiero.*

# Nota de la autora

«El perder no es perder, es aprender para otra vez».

Siempre me ha gustado esa frase, de hecho, creo que es de las más certeras que he escuchado a lo largo de los años.

Cada vez que perdemos, aprendemos. Pero igualmente perder duele, y al ser humano no le gusta sentir dolor.

Estamos acostumbrados a los finales felices, al amor de libro, a suponer que en esta vida todo se consigue. Y no, esa no es la realidad. Este es un final feliz, el más feliz de todos, diría yo. Porque ella ha salido, ha vencido, se ha revelado. Porque los que han perdido han sido los malos. Pero su manera de actuar en un principio no fue la adecuada, y eso ha provocado consecuencias.

«Más vale tarde que nunca».

También me gusta esta frase, aunque no siempre es aplicable. Hay veces que se hace tarde, que la batalla se termina y tú eres un guerrero vencido.

No dejes que el miedo gane. Nunca.

Siempre lo digo: en la vida hay personas buenas, solo debemos aprender a identificarlas. Busca a esas personas, refúgiate en ellas, pídeles ayuda... Pero nunca creas que tu pozo solo tiene una salida. Porque, aunque pienses que estás abajo del todo, muy hondo, que nadie te puede salvar, arriba hay muchas personas esperando para lanzarte cuerdas resistentes, a bajar de la manera que sea si es necesario para salvarte. Pero tienes que gritar fuerte, los demás deben saber que estás ahí.

Piensa también que los actos tienen consecuencias, todos y cada uno de ellos, que son los que poco a poco fijan tu futuro. Pero, sobre todo, piensa en la vida.

En todo lo que te queda por hacer; los sueños por cumplir; los estudios por terminar; visitar la playa, la montaña; enamorarte; descubrir a tus verdaderos amigos; conocer a alguien que chupe tu gominola antes de que te la vayas a comer; ser feliz encontrando piedras bonitas, yendo al cine, leyendo un libro, bailando...

Da igual, sé feliz como tú quieras, pero no permitas que nadie te amargue ni te arrebatte esos momentos.

Vive, y que nadie pueda evitarlo.

# Sobre la autora

Noelia Medina nació en Carmona (Sevilla), en 1994.

Su recorrido literario comenzó cuando la razón le dio permiso para plasmar ideas en un papel. Con el tiempo, se dio a conocer en una popular web de relatos eróticos en la que actualmente, se mantiene en los primeros puestos del ranking. Con solo diecinueve años, se embarcó al mundo empresarial montando un pequeño negocio de pan con ayuda de su familia, dónde entre cliente y cliente, rebasó la línea de los relatos y comenzó a dar vida a las historias que se formaban en su cabeza, consiguiendo el título más importante de su vida, con el que siempre había soñado: ser escritora.

Autora del libro Hoy he soñado contigo (2.017) reeditado con LxL y colaboradora en el periódico El Grifo Información. Donde caben dos, caben tres (2016), 22 Gemidos (2017) una nueva recopilación de relatos bajo el sello Bookit, donde el erotismo, nos abrasará. Y hoy, nos presenta: Nunca olvidaré vuestros nombres, una historia, que ayudará a millones de adolescentes.

